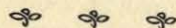


mis salvadores. Me enteré de sus suplicios. He sido recompensado de esta peregrinación por el descubrimiento, en casa del hijo de la señora Poirier, de este lienzo, el cual había heredado. Este pobre campesino me cedió esta reliquia que siempre conservé conmigo desde entonces. Quiero que no te separes tampoco nunca de ella, hijo mío. Las copias que he mandado hacer están destinadas á quedarse siempre con mis otros hijos. Te repito, y á ellos también, que sin esta pintura hubiera sido asesino y suicida. Que recibáis todos de ella la misma lección de fe en la Providencia y de resignación cristiana que me dió á mí en una hora terrible.

Septiembre, 1907.

## LOS PRIMOS DE ADOLFO



ENTRE las cenas periódicas que reunían en París, en un gabinete de restaurant, artistas, escritores, compatriotas de una misma provincia, compañeros de colegio, de escuela, de estudio, antiguos colegas de ministerio, ¿qué sé yo? ninguna ha pasado más inadvertida que la que se intitulaba enigmáticamente: *los Primos de Adolfo*. Fué fundada, hace unos años, por media docena de fanáticos de la célebre novela de Benjamín Constant. Era la época en que Mauricio Barrès acababa de publicar « *Un hombre libre* » y esta *Meditación espiritual* sobre el amante de Madama Recamier que empieza por: « Me agrada que busque con frenesí la soledad donde ya no podrá contenerse... Me placen las sacudidas de su existencia que fué guiada por la generosidad y el escepticismo, por la exaltación y el cálculo « y lo que sigue hasta la *Oración*. « Así, Benjamín Constant, como Simón y yo, no pedías á la existencia más que ser perpetuamente nueva y agitada... » Estas páginas sutiles y apasionadas dieron á seis ó siete jóvenes la idea de una reunión bimensual, bajo la invocación de la obra maestra de este hombre superior, pero incoherente, al cual hubieron con gusto dicho, como el *Hombre libre*: « Te saludo con un amor sin igual, gran santo, uno de los más ilustres de aquellos que por el orgullo de su verdadero yo que no llegan á desembarazar, magullan, manchan lo que tienen de común con los demás hombres y reniegan de ello...! » Estos jóvenes se dieron el nombre de « *Primos*



de Adolfo» y hay que creer, que, á despecho de la paradoja algo infantil que les había impulsado á este imaginario parentesco, tenían realmente entre ellos muy íntimos puntos de simpatía espiritual. Fundada en 1889, la cena de los *Adolfos* dura aún en 1909. La media docena no es más que un cuarteto. Los cabellos negros ó rubios han llegado á ser canos, ó se han caído. Los treinta años se han convertido en medio siglo y, sin embargo, los *Adolfos* siguen *sodalizando* — para emplear la ocurrencia de uno de ellos — en primavera y en otoño. No sé ya si profesan la misma adoración por el fin de la existencia de Benjamín y su desarreglo: « Tú mismo, anciano célebre y descontento, no pudiste resistir al placer de desconsiderarte... » Dos de ellos son miembros del Instituto. Yo no sé si continúan admirando « *las vueltas algo bruscas* » en las convicciones de su gran primo, en la época de los Cien Días. Uno de los *Adolfos* es en la Cámara de los diputados jefe intransigente de uno de los grupos de la oposición. Pero esta cena, de apodo ingenuamente agresivo, representa su juventud, y se obstinan en mantener el rito de su fundación. Siempre en su mesa hay dos cubiertos puestos para dos *primos de Adolfo*: los señores Dominique y Muller, que no han venido y por motivo justificado. Dominico es Beyle, que así firmaba sus cartas, Muller es el seudónimo que Goethe había tomado, para viajar de incógnito por Italia.

Dar estos detalles no es faltar á la discreción; no revelan la verdadera individualidad de estos desconocidos. Prueban solamente que estos fieles de Benjamín Constant tenían pronunciado matiz titerario, aunque no hubo entre ellos más que un literato profesional. Pero todos, diplomáticos ú oficiales, pintores ó simples desocupados, escribían poco ó mucho. Se había convenido desde la primera cena, en que cada uno contase una anécdota en todas las reuniones, y guardaron fidelidad á esta regla. A uno de ellos, no al literato — otra paradoja — se le ocurrió archivar estos ágapes, y escribir al otro día los relatos de la vispera. Las páginas se han amontonado. Los archivos contienen hoy, á catorce anécdotas por año, luego doce, diez, y ocho por fin, una colección de unas cien anécdotas, unas verdaderamente *adolfianas*, como correspondía á jóvenes

consagrados á cultivar el *yo*, y las otras de una amplia humanidad. — Así la edad lo requiere. Tuve entre manos los gruesos cuadernos donde se consignaron estos documentos, y pedi al complaciente *primo de Adolfo*, que me los había prestado, el permiso de copiar algunos de estos relatos y de publicarlos. He aquí, pues, seis de estas *Crónicas*, escogidas casi al azar, todas impregnadas de lo que el analista del *Hombre libre* llamaba « el vivo sentimiento de lo precario. » ¡ Oh! qué imagen admirable encontró y qué bien pudiera servir de epigrafe á estos archivos, si alguna vez se publican por completo: « Yo he visto á una boa morir de hambre al lado de una campana de cristal que contenía á un cordero. Yo también he enroscado mi vida en torno de un sueño intangible... »